

# Biopolíticas de la pandemia (Gustavo Vallejo)

Existe cierta idea de que pasada la pandemia todo será como era hasta el momento en que apareció. Es la llamada vuelta a la normalidad.

Ese simple razonamiento encierra un vasto campo de disputas ideológicas que trascienden los argumentos que puedan ser provistos desde la historia a partir del conocimiento de lo sucedido después del paso de otras epidemias. La historia es importante porque puede aportar algún grado de previsibilidad ante las incertidumbres que nos rodean, aunque de ella no puede inferirse si tras la covid-19 llegará un cambio radical como el que sobrevino tras la peste negra con el inicio del Renacimiento, o la negación que invisibilizó las consecuencias de la mal llamada “gripe española”.

Lo que quiero remarcar aquí es que las características de esa normalidad a la que regresemos, no deben buscarse en el espejo de la historia sino en la forma en que habrán de dirimirse disputas amparadas en aquel silogismo que indica que toda crisis encierra una oportunidad. Es que tras la inicial fase de sorpresa y conmoción de la Pandemia, seguida de acciones sanitarias siempre insuficientes, sobrevinieron también miradas de la tragedia como el factor propiciatorio de una posterior situación deseada. Sin llegar al extremo de la glorificación futurista de la guerra como la higiene del mundo, la guerra invisible contra la Pandemia quedó así presa de un frente de batalla en el campo sanitario y de otro situado en la cultura y la política por la preeminencia en el regreso a la normalidad. La Pandemia desnudó las desigualdades (Armus, 2020). No obstante, si de ello se abrigó la expectativa de poder reducir la concentración de la riqueza y los desastres ambientales que, si no fueron su causa, sí un caldo de cultivo para su propagación, una rápida contraofensiva provino de los grupos directa o tácitamente implicados que respondieron a través de *fake news* en redes sociales y espacios comunicacionales, originando aquello que la OMS llamó infodemia para calificar ese brote añadido.

La Pandemia, quedó así atravesada por la post-pandemia y las implicaciones que tendrían los proyectos de modificar o reafirmar determinadas cosmovisiones

ligadas, en última instancia, a sociedades organizadas con el énfasis puesto bien en la concentración, o bien en la distribución de la riqueza, donde resuena una oposición tan vieja y tan actual como la que remite al contraste entre el *laissez faire* y un Estado presente.

Al hablar de biopolíticas de la pandemia, en plural, me interesa ver justamente cómo, a partir de una noción refractaria a la concentración del poder, vinieron desplegándose estrategias argumentativas dirigidas a cooptarla por parte de una nueva derecha global que resignificó toda una estela de conceptos y valores corrosivos a sus intereses. Empezando por la tradicional noción de libertad, convertida en un emblema de marchas anticuarentenas en distintas ciudades, acompañando la conformación de un neofascismo global que reclama la libertad de poder generar caos. Es la libertad de poder preguntarse ¿Por qué no discutir la existencia de la covid-19? ¿Por qué no poner en duda los protocolos de la OMS? ¿por qué no ignorar a la OMS? Después de todo, no se ve el virus sino los efectos que produce en el cuerpo de otros, lo cual conforma una evidencia siempre insuficiente para anticuarentenas sanos cuyo individualismo les impide ver más allá de sí mismos. Y sobrevinieron marchas que, por ejemplo en Buenos Aires, tuvieron consignas como: “el virus no existe”, “se inventan muertes”, “la gente muere de cualquier enfermedad y se dice que es coronavirus”, “que se aisle a los enfermos, los sanos nos cuidamos solos”, “en defensa del patriarcado”, “contra el nuevo orden mundial”, “no al comunismo”, “no al aborto”, “el Coronavirus es culpa del matrimonio homosexual”, “contra el sionismo”, “las vacunas alteran nuestro ADN”, “contra la dictadura de los infectólogos”.

Las cuarentenas y sus impulsores fueron destinatarios de reacciones de odio ante una catástrofe biológica que no tuvo mejores alternativas que afrontarla con tratamientos poco novedosos, o que poco han cambiado desde el siglo XIX. Como la cuarentena, el lavado de manos de Semmelweis, las técnicas de asepsia y antisepsia con el uso de alcohol, guantes y barbijos, que ya Lister introdujo entre los profesionales de la salud, y la expectativa por una vacuna, sirvieron para conformar un imaginario conspirativo que integró lo viejo conocido a un futuro distópico. Los ataques a la cuarentena aglutinaron así un verdadero movimiento global que vino cumpliendo la función de exacerbar los alcances del flagelo en una tarea, aparentemente contradictoria, de protestar contra el encierro y hacer prolongar los motivos que lo generan. Digo aparentemente, porque en verdad la instigación a esas acciones no puede buscarse fuera de una intencionalidad mayor dirigida a hacer que la tragedia sea lo suficientemente importante como para impedir mirar hacia atrás con un ánimo que no sea el de volver a estar como antes de la Pandemia. Es decir, volver al punto de partida sin cuestionar el ininterrumpido proceso de degradación de lo público; incluidos los servicios de

salud, que demostraron su insuficiencia por motivos como la drástica reducción de su capacidad operativa, experimentada a partir de la crisis de 2008-2009 y que transfirió esos recursos para llevar la concentración de la riqueza a los niveles más altos que se conocieran en toda la historia (Piketty, 2014).

En ese marco, entonces, la tragedia mundial es consustancial a un breve apotegma que podríamos sintetizar así: dime cómo usas la noción de biopolítica en la Pandemia y te diré cómo imaginas el futuro post-pandemia. Es que creo que realmente la lucha sanitaria está siendo arrinconada por otra que cobra cada vez más fuerza: la del sentido, que reapropia términos, conceptos y también teorías, a fin de afianzar un discurso único para que, pasada la crisis sanitaria, quede despejado de cuestionamientos.

Lo que quiero señalar aquí es que el instrumento, en este caso la biopolítica, no es tan maleable como para generar interpretaciones encontradas, pero, puestos a forzarlo para manipular su sentido, puede llegarse al objeto pretendido a condición de convertirlo en otra cosa. Por eso hablamos de biopolíticas, una foucaultiana, y otra creada *ad hoc* para sustentar la razón neoliberal.

Todos tenemos presentes las primeras interpretaciones que destacados pensadores hicieron de lo que representaba la aparición de la covid-19. Quiero detenerme en Byung-Chul Han, quien buscó el motivo del inicial éxito de los países asiáticos en el combate contra la Pandemia frente al del fracaso de los europeos, en la supremacía ética de los segundos que privilegiaron el respeto por las libertades al ejercicio de prácticas autoritarias. Según esta mirada performativa, una amenaza mayor que la Pandemia, la representaría un modo de combatirla que supusiera instalar el “estado de excepción” que sólo prospera fuera del “mundo libre” (Han, 2020).

Así, la libertad, entendida como la libertad de mercado, no podía ser limitada ni aun por criterios de salud pública ante la crisis sanitaria y económica más grave que se recuerda en un siglo. Para denunciar esas limitaciones estaba la complementaria apelación a la biopolítica, resignificada y puesta a disposición de sucesivas prolongaciones dentro del “mundo libre”.

Esa otra biopolítica, en este caso “libertaria” focalizó su sentido en ver el aislamiento como sinónimo del autoritarismo al que se convertía todo Estado que adoptara medidas sanitarias ocupadas del cuidado colectivo. La salud pública, en ese marco, no era otra cosa que una suerte de caballo de Troya que escondía panópticos foucaultianos para vigilar y castigar por doquier. No a otra cosa cabe asignarse la temprana instalación en la Argentina de un debate en torno a si

debíamos tratar como un nazi, o no, a Ramón Carrillo, el sanitarista devenido en 1949 en el primer Ministro de Salud que tuvo este país durante el peronismo (Ramacciotti, 2020; Vallejo, 2020).

La paradójica reaparición de Foucault desde tradiciones culturales que hacía tiempo ya lo habían desahuciado, proveyó así de un pretendido instrumento liberador de sociedades, en las que cualquier rastro de criterio solidario quedaba equiparado a un peligroso signo de opresión. Para sortear esa interesada utilización, podemos reenfocarnos en la biopolítica con el espíritu con que fue formulada (Foucault, 1977). Particularmente creo que puede ayudarnos mucho valernos de un término que desde comienzos de este año también pasó a convivir con todos nosotros y es el de inmunidad. Ya sea al hablar de la inmunidad del rebaño, o de la inmunidad artificial que proveerá la vacuna, el término se volvió tan usual como la covid-19 demandante de esa reacción esperada.

**Afiches en la vía pública sobre la cuarentena durante el coronavirus.** Author: Juanelebe

La inmunidad en términos biopolíticos puede ser analizada desde una acepción que, por entrar directamente en tensión con la comunidad, nos ayuda a pensar la

oposición entre lo colectivo y las libertades individuales que reclama el neoliberalismo. En latín *munus* indica una relación de intercambio, a modo de sistema de compensación mutua, al cual el prefijo *cum* da una proyección social de donde deriva comunidad. En contraposición, *immunitas* es un vocablo privativo, negativo, que proviene de aquello de lo que carece: la función, la obligación, el deber, que establece el *munus* a modo de carga. De ahí que se llame inmune a quien no tiene a cargo ninguna obligación y está dispensado de brindar prestaciones a otros. Hay otros sentidos concurrentes que refuerzan esa idea de inmunidad. No es sólo lo que no se hace por los demás, sino que también, y primordialmente, la excepción a una regla que siguen quienes tienen cargas que llevar sobre sí. De manera tal que su condición, además de ser privativa, es fundamentalmente comparativa, debido a que, más que en la exención en sí misma, su foco está en la diferencia respecto de la condición ajena. Por eso el verdadero antónimo de *immunitas* no es el *munus*, sino la *communitas* que encierra el cumplimiento de las obligaciones emanadas del *munus*. Vale decir, el sentido del inmune está en que exista la norma y que todos los demás la cumplan menos él, no en la inexistencia de la misma.

Esa idea de inmunidad posee un carácter antisocial y anticomunitario, pero a su vez necesita que otros alimenten el circuito social de interacción recíproca. Por desligarse de esas obligaciones que recaen en los demás, el término tuvo otra asociación en Roma: inmune fue sinónimo de ingrato, del mismo modo que, en contraposición, quienes cumplían con el *munus* eran agradecidos y generosos (Esposito, 2009).

Podemos colocar hoy al Estado en el lugar del *munus* y advertir el comportamiento inmunitario de quienes, aunque clamen por su desaparición, en verdad se oponen a que cumpla una función social. Esa confrontación entre inmunidad y comunidad es la que se expuso a través de la Pandemia, cuando la tragedia dio lugar a pensar, más que en ella, en lo que será la sociedad después de la misma.

La biopolítica “libertaria” que emergió en la Pandemia, también fue un soporte teórico que llevó a colocar al Estado frente a la disyuntiva entre salvar vidas (posicionándolo como autoritario si lo hacía) o salvar la economía, en lo que además de ser un planteo éticamente inaceptable, encerraba un dilema doblemente falso: primero porque una economía no funciona sin vidas y segundo porque subyacía que la vida no era un valor que igualara a todos, en contraste con la economía, que sí lo era desde esta perspectiva.

Para advertir esa falacia podemos repasar aislamientos voluntarios de quienes dirigían empresas donde se reemplazaba a los obreros que se contagiaban y morían, para seguir produciendo sin que, claro está, esos beneficios alcanzaran a todos por igual. El foco de Pandemia en Lombardía, Italia y el de Jujuy en Argentina tuvieron ese factor propiciatorio (Sidera, 2020; Spinelli y Trotta, 2020).

En esos casos, la inmunidad cabe entenderla también como una clase de individualismo profesado por aquellos a los que no les alcanza con expresar su libertad de ignorar el sufrimiento de los demás. Necesita, además, sentir que puede contribuir a provocarlos, su placer también estaría en ver sufrir al que está a su lado, pasando así de la biopolítica a la tanatopolítica.

Podemos pensar así que la verdadera función de esta biopolítica “libertaria”, viene siendo la de distinguir entre vidas dignas de ser preservadas y otras que no lo son, “que mueran los que tengan que morir”, han señalado quienes se saben fuera del universo más vulnerable, claro está. Para ellos, el número de muertes por la covid-19 no es un dato que amerite alterar el funcionamiento de la economía, y mucho menos la capacidad privada de ejercer con inmunidad el control de la esfera pública sin condicionamientos del Estado

Seguramente las preguntas más interesantes a formular desde la matriz constitutiva de la biopolítica, pasen menos por advertir cuánto se parecen nuestras cuarentenas actuales a la ciudad en estado de peste de *Vigilar y castigar* o al “estado de excepción”, que por repasar las condiciones materiales en las que el desastre epidemiológico vio desbordada toda capacidad de control. Porque precisamente es en cuestiones como el desmantelamiento de los sistemas públicos de salud donde hay mucha biopolítica por analizar, uniendo el “exceso” de trabajadores a las vidas “poco dignas” de ser vividas de quienes no podían acceder a un sistema de salud privado.

Desde esas preguntas, la biopolítica ayudaría a deconstruir el sentido que adoptó la libertad como sinónimo del enriquecimiento de muy pocos a expensas del padecimiento de grandes mayorías, en vez de reforzar este sentido.

Después de todo, si un peligro se cierne sobre el día después de esta Pandemia, el mismo radica en que lleguemos a ese momento suponiendo que toda intervención del Estado es una inaceptable forma de “excepción”.

***Gustavo Vallejo*** es Investigador CONICET / ISCO-UNLa. Un avance de este texto fue leído en el Coloquio “***Habitar el miedo***”, organizado por el Área de

*Estudios Culturales de la Ciencia del ICJ-UNLP, y celebrado los días 19 y 20 de octubre de 2020. [Último acceso: 17/11/2020].*

## Bibliografía

Armus, Diego. “**No hay epidemia que afecte más a los ricos que a los pobres**”, *El País*, 21/10/2020. [Último acceso: 17/11/2020].

Esposito, Roberto (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona: Herder

Foucault, Michel (1977). “El nacimiento de la medicina social”, *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*, 6, pp.89-108.

Han, Byung-Chul (2020). “**La emergencia del mundo viral**”. *El País*, 22/3/2020. [Último acceso: 17/11/2020].

Piketty, Thomas (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: FCE.

Ramacciotti, Karina (2020). “**Medios de comunicación, política e historia**”. **História, Ciências, Saúde-Manguinhos**, 8/5/2020. [Último acceso: 17/11/2020].

Sidera, Alba (2020). “**Bérgamo, la masacre que la patronal no quiso evitar**”, *Contexto y acción*, 10/4/2020, Disponible en: [Último acceso: 17/11/2020].

Spinelli, Hugo y Trotta, Andrés (2020). “**Jujuy la mayor vergüenza**”. *El cohete a la luna*, 30/8/2020. [Último acceso: 17/11/2020].

Vallejo, Gustavo (2020). “**Ramón Carrillo y una polémica en tiempos de Pandemia**”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 8/5/2020. [Último acceso: 17/11/2020].

---

Compártelo:



Twitter



Facebook

Me gusta

Sé el primero en decir que te gusta.

---

### Relacionado

Special issue. Pandemics in History (Joana Maria Pujadas-Mora and Carlos Santiago-Caballero)  
En «Recursos»

No hay epidemia que afecte más a los ricos que a los pobres  
En «Actualidad comentada»

Pandemias y responsabilidades políticas  
En «Actualidad comentada»

 [SEHM](#)  [18 noviembre, 2020](#)  [Reflexiones](#)

## Responder

Introduce aquí tu comentario...

[Epidemias y salud global](#), [WordPress.com](#).